

...con las Revistas

José M.^a de Romaña G. S. I.

Domund

Tiene aciertos estupendos Angel Fontanet en «El Hijo Fiel» (Tengo abierto, en concreto, el número de junio de EL CIERVO). ¿No es exacto, hablando en general, el análisis de la vida religiosa de «el hijo fiel» ensombrecida por *la vanidad, el miedo, la envidia, los celos, el clasismo y la falta de iniciativa?*

Angel Fontanet tiene también, creo, alguna injusticia como el incluir, entre los elementos para juzgar en conjunto la formación sexual de los colegios de Religiosas, algunas anécdotas y generalizaciones (concediendo todo lo que hubiera que concederle respecto a determinados centros pintorescos y lamentables).

Pero este mes de octubre, rasgado de ventanas al Africa, Asia y el interior de América, me obliga a pasar las páginas y recoger una observación de la sección «Dos y Dos, Cinco» que, sin duda, Angel Fontanet pudo descubrir en «el hijo fiel»: *se convierte el problema misionero en una mascarada para niños bien, que se celebra por el Domund, o en una historia de cacerías de tigres.*

Recuerdo un Domund vivido en un colegio de Madrid, y sé que no es caso único: vela ante el Señor que predicán los misioneros, mientras los demás recorren las calles postulando (y el pedir, y más durante varias horas, no es algo precisamente grato); dos hojas llamativamente impresas, con la motivación de todo ese ajeteo; y el postulador que pierde su pierna aquella noche bajo un tranvía y le dice a su padre: «no te enfades, papá, es por las Misioneros»; y de los centenares de muchachos, un puñado que a los 8, 9, 10 años de ese día, hacen su guardia en la primera línea de la Iglesia: Japón, América... Aquello tenía poco de mascarada, sobre todo considerado como fruto de un espíritu misionero vivido a lo largo del año.

Sin embargo, creo que el anónimo de «Dos y Dos, Cinco» tiene su razón. ¿Cuántos de los que depositan su óbolo en la impasible cabeza de pielroja o de chino no creen que están haciendo algo libre, supererogatorio, que podrían perfectamente dejar de hacer?

El cristiano, por *caridad*, tiene que enseñar, directa o indirectamente, al que no sabe y visitar al enfermo; misericordia que urge, sobre todo, en el plano del espíritu; misericordia que, en casos extremos (y los infieles se están jugando la vida eterna), obliga gravemente. El cristiano, por *justicia*, tiene que colaborar al sostenimiento de la sociedad en la que es *miembro vivo* y ayudar a su crecimiento hasta la plenitud (Efesios, 4, 13).

Y todos esos cristianos que en el Domund abren su monedero lleno de previsora calderilla ¿sienten pesar en su generosidad esa caridad y en su obligación esa justicia? ¿Recuerdan a lo largo del año, en su oración, su charla, su influjo, su presupuesto, la obligación misionera cotidiana inherente a su realidad de *miembro vivo*? El joven que empieza o termina una carrera ¿echa en el platillo de las posibilidades su propia persona dispuesta, si Dios lo destina, a «crecer» más directamente, a prolongar la Iglesia en las islas y sombras donde aún no existe?

Mascarada del Domund. No debe serlo, pero lo puede ser; una más en este carnaval donde «cada estado tiene sus correspondientes farsantes» (S. Agustín).

Celibato

Por diversos sitios hallamos eco del libro de Antonio Aróstegui, «Del sexo y del amor», aparecido este año en el inquieto ambiente cultural granadino.

El presente breve libro es una original divagación a partir del mito platónico de los andróginos. La tesis del autor, centrada en los actores del amor considerados en sí mismos, excusa la prescindencia de un aspecto tan esencial del amor como es la paternidad. Lo que nos resulta menos aceptable, aun en esa tesis, es que, fuera de escasas alusiones veladas, se dé como única solución del semi-sér humano la entrega al amor conyugal.

La voluntaria solteronía egoísta (adiposidad, mal humor, mala noche, mal vestido y sobrios oportunistas) no merece ningún respeto. Pero el celibato (aun afrontado, en plano natural, por menos motivos intelectuales, sociales o políticos y mucho más, en plano sobrenatural, místicos o apostólicos, es una postura perfectamente interesante y estremecedora.

Antonio Aróstegui, que se muestra, una vez más, original y coherente a la vez, podría decirnos cosas muy bellas y profundas sobre esos hombres y mujeres que, precisamente por un exceso de socialidad y amor, hacen solos su camino.

Jóvenes y Corazón de Jesús

«DER SEELSORGER», y se hacen eco varias revistas españolas, presenta los resultados de una encuesta entre jóvenes sobre su devoción al Corazón de Jesús.

Una de las notas de un sector, más o menos amplio, del cristianismo austríaco de posguerra es su exigencia de un Cristo en quien destaque, excluyentemente, la virilidad; y una virilidad ceñida sólo a sus caracteres parciales de agresividad, entereza y vigor. Esta actitud sólo puede ser temporizada, y aun aceptada, como un extremo preferible y como una exacerbación temporal. Al Cristo auténtico pertenece lo mismo el Cristo que vuelca las mesas de los cambistas que el que dice, en el mismo primer plano, a los vendedores de palomas: «sacadlas fuera»; lo mismo el Cristo que trata de raposa a Herodes que el Cristo, ya destinado a la muerte, que llora sobre su ciudad condenada a muerte.

La encuesta de que da cuenta «DER SEELSORGER» revela una lamentable oposición en la mente juvenil entre *Persona de Cristo y Corazón de Jesús, Revelaciones particulares y actos de culto y Evangelio*.

Arde pensar que la más formidable manera de concebir y comprender el Evangelio, la devoción al Corazón de Jesús, haya venido a ser tomada como una blandenguería mucilaginoso de flores de trapo y dulcísimos Corazones de Jesús acuarelados por los tiplones y tenorinos de una pintura no ya cursi sino histérica.

Devoción, dice Tomás de Aquino, es la pronta disponibilidad ante aquellas cosas que pertenecen al servicio de Dios.

Corazón, en todas las culturas y en la Biblia — Jeremías, David, Juan, Pablo, Mateo —, es el símbolo concentrado del amor y de la vida interior, la central de toda lucha, acción y muerte. En nuestro modo actual de pensar, el corazón, por su importancia vital y por las repercusiones que acusa de la vida psicológica, conserva ese simbolismo; aun en el caso de creer a la cirugía psicológica, no es probable que el lector oiga frases tan científica-

mente exactas, en su aspecto parcial somático, pero tan humanamente increíbles como «te amo con todo mi diencéfalo»; aunque ésta sea, en la geografía somática, la región más intensa y cercana entre las que manifiestan el amor que eclosiona en el alma y encajan toda la conmoción vegetativa desatada por ese acontecimiento espiritual.

Cierto que el corazón y el amor han quedado desprestigiados, envueltos en la ropavería y las posturas del Romanticismo. Sin embargo, en la realidad del eterno humano, aun después de la exacerbación de desilusión y realismo ulcerados por guerras y depresiones, el amor sigue «moviendo el cielo y las demás estrellas» hasta el sacrificio del tiempo y el dinero, valores máximos de nuestro «homo œconomicus», y el corazón sigue latiendo más aprisa ante el amor o el odio.

De acuerdo completamente con la llamada a la virilización de la piedad que hace en **ESPIRITUALIDAD SEGLAR** (junio) Antonio Aradillas. Respetando para el pueblo lo auténticamente popular, hay que quemar el noventa por ciento de la «literatura» y «artes» interpuestos entre el Corazón de Jesús y nuestra mentalidad. Pero el cien por cien de la devoción, en sí misma, es perfectamente aprovechable en esta época de egoísmo y socialidad, de materialismo y de idealismo, de odio y de amor enfrentados.

Muchos de los interrogados en la encuesta confunden la *sustancia* de esta devoción — el amor de Cristo y a Cristo, con todas sus consecuencias ascéticas, apostólicas y místicas— y el *símbolo* de esa sustancia —el corazón, del cual no suelen prescindir las revelaciones ni los documentos del Magisterio— con los *simbolismos y expresiones* —detentes, banderas, frases, etc.— que pueden, y a veces deben, ser abandonados o sustituidos, según ambientes y personas.

A los que creen que esta *devoción o actitud religiosa vital* es parcial o cristodisminuyente, sólo les recuerdo que Juan Evangelista, teólogo, define a Dios como *amor* y que Agustín, psicólogo, define a los hombres como *voluntades*.

Al que piense que la concepción de Cristo desde el ángulo radical y evangélico del amor es novecentista, romanticona y rebasada, le salen al paso unos datos sencillos. La idea de Cristo, desde el punto de vista de todo lo que sintetiza el término «Corazón de Jesús», ha arrancado de sus hogares y aun patrias, haciéndolos renunciar al matrimonio, la libertad y el dinero, a millares de hombres y mujeres muy de nuestro siglo y de todas las condiciones sociales, edades y razas —Misioneros, Esclavas, Congregación (Picpus), Sociedad, Padres (Issoudun), Misioneras... del Corazón de Jesús—. Una Orden como la Compañía de Jesús, que ha sido criticada de muchas cosas pero nunca de sentimentoloide o novecentista, recibe de pie, con el entusiasmo contenido del soldado, el encargo de propagar por el mundo «la devoción al Corazón de Jesús». Un Papa tan siglo XX como Pío XI ve en esta devoción la quintaesencia y la entraña de toda la religión —*totius religionis summa*—. Pío XII, nada apegado a fórmulas ya vacías, insiste en lo mismo (14 junio 1944) al fin de esa convulsión mundial que ha liquidado tantas estructuras y actitudes sociales, económicas y religiosas: *la esencia de toda la religión y, por lo mismo, de la vida de perfección*. Los cristianos triturados detrás del telón de acero o de bambú hablan del vigor, más duro que el golpe marxista, hallado en esta devoción.

Comprendemos el gesto de asco y empalago de muchos católicos, sobre todo jóvenes, ante esta frase poco expresiva de su contenido para muchos: «devoción al Corazón de Jesús», desgraciadamente asociada a cromo y a ojerías falsificadas. Pero creemos que a ese gesto vale la pena que suceda un estudio serio de lo que es objetiva y realmente eso, la devoción al Corazón de Jesús.

Mujeres de posguerra

Desmond Fennell, en el n.º 1 de ese prometedor y animoso **NUESTRO TIEMPO**, traza (¿idealizante, objetivo?) el perfil de la *Hausfrau* alemana: responsable de la comodidad, calor espiritual y buena administración del hogar; deportiva de joven; dedicada, por necesidad económica o personal, al trabajo, la política, la educación y otras profesiones, pero sin considerarse por eso excusada de cuidar del hogar; con el ideal de una feminidad de rico contenido espiritual.

Un bello ideal, muy lejos y muy por encima del feminismo desgredado y poco femenino defendido no hace mucho por la mujer de Sartre, Simone de Beauvoir, y por el libro lamentable de esa setentona Tyde Monnier.

Sí, la mujer tiene el derecho y el deber de *dilatar su ámbito humano y enriquecerse en el plano natural*, como recuerda Lily Valdene en **ESPIRITUALIDAD SEGLAR** (mayo); derecho al estudio y al trabajo, que le permitan llegar al matrimonio no como menor de edad sino como adulta psicológica y pedagógicamente y en la estimativa de su marido. Tiene también el derecho, y el deber, de no perder su feminidad, de no dejar de ser mujer. Ni menor de edad ni pseudo-hombre; Mujer, en toda la amplitud y hondura de la palabra, en situaciones, profesiones y ocupaciones lo más compatibles que sea posible — plan de Dios — con el «dolor de los hijos», en las raíces mismas de la vida, de la sociedad y de la historia, más que con el «sudor del rostro» reservado para el hombre en la alimentación y en la factura más externa de esa vida.

Desmond Fennell hace pensar, por asociación necesaria, en la insoslayable evolución de la mujer española, que tantos signos delatan y anuncian. Esta evolución en marcha nos hace echar urgentemente de menos la existencia de instituciones postcolegiales, que preparen a la joven más inmediatamente para el matrimonio y la vida. Precisamente en esos años postescolares es cuando está más interesada y capacitada para la información y formación en ciertos aspectos esenciales, menos accesibles para la mentalidad colegial (otros aspectos deben haber sido ya afrontados y solucionados en la etapa de Colegio). Precisamente en esos años la joven que no trabaja o no estudia corre el peligro de deformarse o marchitarse entre la imprevisión, la abulia y el aburrimiento («¿qué plan tienes para esta tarde?», «y mañana ¿qué hacer? ¿adónde podríamos ir?»...).

¿No plantea quizás la hora a los Institutos de Religiosas dedicadas a la enseñanza, incluso con la colaboración de conscientes y capaces seglares católicas, la creación de instituciones de una trascendencia tan incalculable para guiar esa evolución de la mujer, para asegurar la felicidad y buena marcha de innumerables hogares y, en definitiva, para la vida real de la Iglesia?

En naciones donde las circunstancias han desatado ya esa evolución, los Institutos de Religiosas y los organismos a través de los cuales ejerce más directamente la Iglesia su actividad docente, y aun grupos de seglares católicas, dedican sus mejores elementos a la creación de centros donde la mujer adquiera, con miras a la vida, en dos o tres cursos, una capacitación eficaz en administración y economía, en prácticas domésticas y artes decorativas, en psicología masculina e infantil, y un último desarrollo y sistematización de sus conocimientos culturales y religiosos, en especial del dogma y la moral matrimoniales.

Creemos que esta mayor vertebración y enriquecimiento de los equipos de mujeres que van pasando por las manos maternas de la Iglesia para ser el centro cálido y básico de los nuevos hogares, es una obra de inaplazable y sano Feminismo; es, sobre todo, una urgente obra de gloria de Dios.

Caridad y estructuras burguesas

Dios supone que para amar al hombre hay que, de algún modo, ver al hombre. Desde ahí arguye Juan en su primera Carta: «Quien no ama a su hermano a quien ve ¿Cómo puede amar a Dios a quien no ve?»

Las leyes profundas de la vida y de la convivencia humanas están enunciadas en la Biblia. Marcel de Corte, hablando de las profesiones específicamente burguesas —industria, finanzas, comercio— presenta en **CUADERNOS HISPANOAMERICANOS** (julio) una sección transversal de la contextura social, de sólo un aspecto de ella, que atenta contra la vida religiosa y humana del hombre y que exige del esfuerzo particular y comunitario reformas o, mientras no sean posibles, compensaciones.

«Esas actividades —analiza Marcel de Corte— ponen a la disposición del hombre fuerzas de un carácter anónimo que exigen de él una atentación y una presencia descarnadas. Más allá de cierta medida, que puede variar de individuo a individuo, pero que sigue restringida, le es imposible al hombre abrazar una vasta porción de la realidad social sin diluirla artificialmente en abstracciones manejables. La corriente de la vida que va del hombre a lo real está entonces rota. Entre el hombre y el ser se interponen construcciones del espíritu que no emanan ya de la vida y que toman un sesgo mecánico: administración, máquinas, papeleo, gráficos, estadísticas, cálculos, etc., donde se disuelve la personalidad de los elementos del conjunto y sobre los cuales el hombre no actúa sino desencarnándose él mismo. Está demasiado claro que semejante actitud es hostil a la relación del hombre a Dios. ¿Cómo el que no puede amar al prójimo, que debería ver, puede amar a Dios, que no puede ver?».

Lo que en el pensamiento de S. Juan es sólo un dato que se da por supuesto —ver al hombre—, adquiere en el planteamiento del problema presentado por Marcel de Corte caracteres de condición que hay que reencontrar: para amar a Dios es preciso ver al hombre, porque para amar a Dios hay que amar al hombre.

Estas deshumanizaciones de nuestras estructuras sociales son una reedición del Cero marxista —el individuo anulado— realizada en nuestro mundo cristiano por las técnicas capitalistas y burocráticas; anulación que encuentra su expresión cotidiana en la impersonalidad, abulia cortés y falta de caridad —y de justicia, supuestos los impuestos y contribuciones y supuesta la colaboración «sine qua non» del trabajo con el capital— de tantas oficinas y servicios públicos sean oficiales o privados.

Indudablemente, la complejidad de la vida, originada por las grandes aglomeraciones de población en las fábricas, centros de estudio y ciudades, tiene que producir determinada despersonalización en las relaciones. Perfectamente; pero si uno no tiene la obligación de saber el nombre, la profesión y demás datos de la ficha personal del interlocutor, tampoco tiene el derecho de olvidar que es un hombre, con sus problemas y dolores temporales, sean los que sean, y con su destino eterno.

La inoculación —y aun preexistencia histórica respecto al comunismo— del Cero marxista en nuestro mundo de relaciones sólo puede ser superada por la inserción o vivificación del Infinito, no del Infinito marxista que es el Estado, sino del Infinito cristiano que es Dios viviente en nosotros; inserción en el burócrata y en el ciudadano, para quienes el mostrador debe ser mesa, no muro; inserción en el secretario y el jefe oscuros, para quienes los

números de las estadísticas y registros deben latir con la sangre caliente de los hombres, mujeres y niños que representan, respetables y amables por ser hijos de Dios, miembros del cuerpo místico de Cristo, hechos para el dolor o la alegría sin límites de un destino eterno.

Pecado y responsabilidad

El profesor y poeta José M. Valverde nos brinda en **CUADERNOS HISPANOAMERICANOS** (agosto) una agradable sesión de talento y de ingenio. El carácter de esta revista me ciñe a una observación suya: «Muchos pecados se cometen, pero ¿quiénes, están en condiciones de que se les endose plenamente su responsabilidad?».

Si me permite Valverde, voy a añadir alguna matización, impropia de un apunte brevísimo como el suyo, fundamentalmente dirigido a lo paradójico y sorprendente de la cosa, pero creo que necesaria.

Es verdad que para que haya pecado grave o «mortal» se requieren, según enseñan la Iglesia y la simple razón, tres condiciones: materia grave, plena advertencia del entendimiento, pleno consentimiento de la voluntad.

Por falta de plena vigencia del entendimiento o de la voluntad, cegados o precedidos por la ignorancia, la pasión o el hábito, pecados que materialmente son graves en sí mismos, no lo son humanamente en el que los comete. El *pasional* que, ante su honor pisoteado, dispara irremisiblemente, puede no haber pecado; aun los códigos civiles, que de ordinario no miran a la conciencia sino a las realizaciones externas, suelen considerar como atenuante esa menor imputabilidad.

Más aún, por *deformación* de la conciencia, posible quizás ante aspectos no tan iluminados por la ley natural grabada en el modo de ser del hombre, podría darse el caso extremo de que un acto materialmente condenable fuese personalmente bueno y, por tanto, digno de premio ante Dios.

El caso del carente de plena advertencia o consentimiento por causa de un *hábito* controlado exige un análisis psicológico más detenido. Para el habituado, por ejemplo al vino, el hecho de embriagarse puede llegar a ser un irremisible y, por tanto, inimputable movimiento casi reflejo, una verdadera enfermedad psicológico-nerviosa. ¿Peca ese hombre que acaba de consentir en la acción, grave en sí misma y en sus posibles consecuencias, de privarse del dominio de sus facultades humanas y de atentar seriamente contra su salud?

Hay que distinguir la volición de la cosa en sí misma directamente y la volición de la cosa incluida en su causa; más breve en lenguaje escolástico, el «voluntarium in se» y el «voluntarium in causa».

El habituado a la embriaguez que no lucha por sobreponerse a esa flaqueza no está libre de responsabilidad; quizás el paso hacia el interior, excitado por el olor y los reflejos de la alquimia del «barman», es ya incontrolable y, por tanto, no imputable en sí mismo; pero el haber echado por esa calle con la previsión de lo que va a ocurrir sí es objeto de responsabilidad. Es irresponsable de la volición de la cosa «en sí misma» pero no «en su causa».

En cambio el habituado que tiene adoptada una actitud adversa al hábito que lo domina pero que, imprevistamente, se encuentra ante el vino y cae automáticamente, puede no ser responsable.

Para dar perspectiva a estas consideraciones psicológico-morales, recordemos por último, desde el punto de vista sobrenatural cristiano (lejos del cómodo pesimismo protestante), que todo hábito es superable con la gracia de Dios. A quien hace lo que está en su mano (al

menos orar) Dios no le niega su gracia (cfr. Mateo 7,7) y «Fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas, sino que hará que junto con la tentación tengáis la ayuda para poder resistir». (I Cor. 10,13).

Opinión pública...

¿Vale la pena, al cabo de tantos días, remover el pequeño incidente promovido por Graham Greene a la muerte de Colette? Ya se ocuparon del asunto, entre otras revistas, **ECCLESIA** y **EL ESPAÑOL**. Recordaremos aquí para nuestros lectores sólo los aspectos doctrinales olvidados por el ilustre escritor católico.

Colette, bautizada católicamente en su infancia, vive paganamente en su obra literaria y en su vida personal. Después de una gloriosa vejez, matriarca de las letras galas, muere sin arrepentirse. El arzobispo de París, Card. Feltin, le niega sepultura eclesiástica, o sea la inhumación en cementerio católico con las correspondientes oraciones públicas de la Iglesia. Graham Greene dirige entonces al Cardenal Feltin en **LE FIGARO LITTÉRAIRE** una ardorosa carta abierta, simpática y emocionante en su intención pero desprovista de fundamento. El Cardenal contestó brevemente en el mismo periódico con una moderación que destaca aun entre los católicos y acatólicos que comentaron más serenamente en diversos periódicos y revistas francesas la desafortunada intervención de Greene.

Tratando de sacar o de recordar las consecuencias doctrinales, antes de fijarnos en la carta de Graham Greene creo que no estará de más que nos fijemos en el propio Greene, en cuanto autor de esa carta.

La Iglesia, como sociedad humana además de divina y como cuerpo vivo, tiene entre sus elementos la opinión pública. Los fieles tienen una iniciativa inmensa en la vida de la Iglesia; prescindiendo de la actividad particular de los teólogos en la elaboración o formulación de su pensamiento, señalemos, por ejemplo, que corrientes espirituales tan poderosas como las de Asís, Manresa, Ávila, Lisieux, nacen de los estratos profundos del pueblo fiel. Francisco no era ni siquiera sacerdote; Ignacio, al escribir sus Ejercicios, aún no se ha ordenado. Esta iniciativa de los particulares, impulsada por el Espíritu, se desborda en la acción misional, misericordiosa y docente. Casi diríamos, como nota Leclercq, que el papel de la Jerarquía consiste en controlar y orientar más que en impulsar. Esta iniciativa de los particulares llega —viniendo más al caso— hasta lo que llamamos «opinión pública», es decir corrientes de enjuiciamiento y de enfoque ante los problemas que afectan al bien común; corrientes creadas no sólo por los órganos oficiales sino, principalmente, por particulares, responsables de sus juicios no por su categoría oficial sino por su dedicación y prestancia personal. Pío XII ha subrayado la existencia en la Iglesia y las características de esta opinión pública «en materias discutibles», igualmente alejada de «un servilismo mudo como de una crítica sin control» (AAS XLII (1950) 256-258).

En una cuestión de obediencia, como en el caso de Colette, sólo habría —por tratarse de la aplicación práctica de un principio jurídico penal, susceptible de matizaciones por requerir la comprobación de hechos previos sujeta a posibles inexactitudes— opción a una moderada y motivada representación ante las autoridades correspondientes. (En determinadas circunstancias, esa representación de datos y motivos puede ser obligatoria).

Por lo demás, como decía en una ocasión Oliveira Salazar, «nada de *opinión pública*; ¡conciencia pública!» Opinión pública, como sinónimo de hablar indocumentada e irresponsablemente, no puede contribuir constructivamente al bien público. que es toda su razón de ser.

Lanzarse a rectificar en público a un magistrado civil supone, en el particular que lo hace, perfecto conocimiento del Derecho actuante en ese caso o, de otro modo, una incon-

tenible afición al «fuera de juego». Esta misma prudencia elemental rige al tratarse de meterse en una aventura que tiene de por medio las leyes concretas y numeradas del Derecho Canónico.

Y sepultura eclesiástica

Pero Graham Greene prescinde del aspecto positivo jurídico y, aparentemente en una postura más cristiana, se sitúa en el plano de la caridad y la razón. Allí es precisamente donde, sobre todo, le respondía el Card. Feltrin.

Lo curioso de la carta de Greene es que expone perfectamente los principios, pero para sacarse de la manga las más inesperadas y sorprendentes conclusiones.

«Es derecho de toda persona bautizada católicamente — dice — estar acompañada por un sacerdote hasta la tumba». Efectivamente, pero ese derecho actúa sólo si esa persona quiere utilizarlo. El sacerdote no se va a introducir por la fuerza. En cuanto a Colette, su último conviviente, Mauricio Goudekot, afirma que murió sin solicitar la presencia de un sacerdote. Tal como había vivido, sin «nada parecido a una pregunta última, a una angustia metafísica», en frase del mismo Goudekot.

Insiste Green: «nosotros no podemos perder ese derecho — como se pierde la ciudadanía de una patria temporal — por un crimen o delito, por cuanto ningún ser humano es capaz de juzgar a otro ni de determinar dónde empiezan sus faltas y acaban sus méritos». Ciertamente el bautismo imprime en el alma sello eterno; se es cristiano de una vez para siempre. Pero puede un cristiano vivir como si no lo fuera, incomunicarse a sí mismo con el resto del cuerpo viviente de la Iglesia. Y renunciar a los deberes implica, lógicamente, renunciar a los derechos, aunque muchos no acepten esa lógica.

La excomunión — por citar una pena eclesiástica más conocida — tiene un carácter penal medicinal individual (correctivo para castigo y enmienda del individuo) y social (escarmiento para los demás), pero tiene también en algunos casos (herejía, apostasía, sectarismo) un carácter de mera consolidación de una situación creada por el propio interesado; es él quien se sitúa en el terreno de la excomunión; la Iglesia lo que hace es darle, con sus consecuencias penales, formalidad jurídica a ese hecho. En otros casos el delito no parece revestir un carácter tal que, por sí mismo, sitúe al fiel fuera de los límites de la comunidad; si en estos casos recurre la Iglesia a la excomunión, es por sacudir la conciencia del errado y escarmentar a los demás en delitos de excepcional gravedad (duelo, aborto...) que, además, suelen tener un carácter social por el que resultan especialmente hirientes de la comunidad y que, por tanto, están exigiendo una sanción pública y ejemplar.

Colette no estaba excomulgada, pero una motivación parecida a la que acabamos de exponer para la excomunión vale también para el hecho de que la afecte una de las penas de la Iglesia: están privados de sepultura eclesiástica, entre otros, «los pecadores públicos y manifiestos» (canon 1240) que mueren sin arrepentirse.

Todo esto supone en la Iglesia potestad judicial y coercitiva. Palabras de Cristo y la práctica de los apóstoles apoyan esa potestad que, por lo demás, la razón reconoce a toda sociedad independiente y perfecta. Sin embargo Graham Greene opone, mezclando el fuero interno y el externo: «ningún ser humano es capaz de juzgar a otro». La Iglesia, precisamente en esa posición de «no juzgar», se atiene pura y simplemente a las realidades externas, precindiendo de la conciencia — «de internis nec Ecclesia», de la intimidad no juzga ni la iglesia —. Sobre este campo del comportamiento es donde actúa su potestad judicial y coercitiva social. (Cuando en la confesión llega la Iglesia hasta la hondura máxima de la conciencia, lo hace apoyada en el poder otorgado por Cristo y en el hecho de que el propio interesado tiende voluntariamente el puente a su castillo interior.) La Iglesia respeta la conciencia

de Colette. Únicamente atiende al hecho externo de que haya públicamente vivido, y convivido, fuera de la moral cristiana y de que no haya dado muestras de arrepentimiento.

Esto desconcierta a Greene. «¿Tan imperdonables son dos matrimonios civiles?» No, ni dos ni doscientos son imperdonables, pero hace falta el pequeño detalle de que el pecador se arrepienta. La Iglesia es madre; bastaría la menor muestra — un golpe de pecho, un beso al cristo — para que le concediese sepultura entre los fieles y oraciones públicas. Pero la Iglesia, como Dios, respeta la libertad. Si el hombre o la mujer no dan la menor muestra de arrepentimiento, no puede el sacerdote absolverlos ni, consecuentemente, concederles exequias eclesiásticas, mero final de los últimos auxilios que fundamentalmente consisten en la absolución, el viático y la extremaunción. Esto no es «condenar demasiado fácilmente y falta de caridad», como afirma Green. Otra cosa equivaldría a concederles a los ritos valor mágico o a degradarlos a mera ceremonia mundana, paralela a un desfile o a una recepción. «Hubiera sido un bella hipocrecía —escribía en **RÉFORMÉ** (14 de agosto) el protestante Jean Goujerval— que el despliegue de las liturgias acompañase a una pagana declarada que siempre las ignoró».

Por último es vana la queja de Graham Greene: «parecerá que la Iglesia puede rehusar sus oraciones en el momento de la máxima necesidad». Es obvio que no se ore públicamente por quien públicamente, en una u otra forma, ha rechazado esas oraciones. Pero la Iglesia, madre, ora en privado por esa persona y a pesar de ella; los sacerdotes pueden ofrecer en privado el valor expiatorio de la Misa por ella; y millares de cristianos que amamos lo que en Sidonie Gabrielle Colette, más allá de su paganía y su barro, había de auténtico espíritu, de auténtico y sano amor a la naturaleza y a la vida creadas por Dios, de filiación divina y destino eterno —filiación y destino más conmovedoramente amables por haber atentado contra ellos una educación naturalista y libertaria y una triste belleza con las alas en medio de muchos fuegos—, deseamos para ella misma en la otra vida, acogidos a la misericordia de Cristo, lo que ella deseó para la autora de «León Morin, Prêtre» al votar en el Goncourt, de 1952: «Voto por Béatrix Beck y deseo que sea feliz».

